

## Emilia Pardo Bazán y la dermatología



**Aurora Guerra-Tapia**  
Profesora titular de Dermatología.  
Facultad de Medicina.  
Universidad Complutense  
de Madrid.  
Exjefa de la Sección  
de Dermatología.  
Hospital Universitario  
12 de Octubre. Madrid.  
Codirectora del Máster  
en Dermofarmacia  
y Formulación Cosmética.  
Universidad Internacional  
de La Rioja (UNIR).



**Elena González-Guerra**  
Profesora asociada  
de Dermatología.  
Facultad de Medicina.  
Universidad Complutense  
de Madrid.  
Médico adjunto.  
Servicio de Dermatología.  
Hospital Universitario Clínico  
San Carlos. Madrid.  
Directora del Máster  
en Dermofarmacia  
y Formulación Cosmética.  
Universidad Internacional  
de La Rioja (UNIR).

«[...] Y en lo que no me equivoco  
es en creer que gozo,  
que me distraigo y que vivo cuando  
cojo la pluma.

Y es lo bueno que, al experimentar este placer,  
no creo hacer nada trascendental  
ni importantísimo».

(CARTA A FRANCISCO GINER DE LOS RÍOS,  
19 DE SEPTIEMBRE DE 1879).

Tengo el convencimiento de que Doña Emilia Pardo Bazán —y encuentro que el «Doña», así, con mayúsculas se inventó para ella— se encontraría muy conforme con este título que la relaciona indiscutiblemente con la especialidad que cuida y cura la piel. Era ella una mujer con tantos perfiles, con tantas piezas en el rompecabezas de su biografía, que podría haber sido protagonista si se lo hubiese propuesto de la dermatología como ciencia, como exponente social y etario, y como parte de la salud y el bienestar de casi todos los humanos. Como de todo lo interesante de la vida.

Nació Doña Emilia en 1851, una época en la que la palabra *intelectualidad* tenía un tinte netamente masculino. Y sin embargo, llegó a ser una influyente periodista cultural, corresponsal en el extranjero —Roma y París—, política, historiadora y crítica; novelista reconocida, dramaturga y autora de relatos cortos, traducida a una decena de idiomas, algo insólito en su tiempo para una mujer escritora; empresaria y promotora de debates literarios sobre naturalismo, modernismo y decadentismo; introductora en la esfera pública del feminismo como una necesidad de su siglo, sin aspavientos ni desatinos... y tantas cosas más a las que su pasión de vivir la llevó de forma imparable, como predestinada ineludiblemente para ello.

Aunque su obra formó parte del currículo literario de los estudios de bachillerato de mi colegio (Veritas, de las Teresianas de San Pedro Poveda), yo no había

sido lectora de sus escritos hasta hace poco, convirtiéndome, a partir de ese momento, en una admiradora no solo de su persona, sino también de su obra. Precisamente, me llevó a este entusiasmo el título «dermatológico» de una de sus novelas<sup>1</sup>: *Insolación*.

Me imaginé, con el libro entre las manos, que en sus páginas ardía una piel roja, seca, sensible y tal vez desgarrada por ampollas frágiles y rotas: una piel abrasada por los rayos ultravioleta, perentorios enemigos de un cutis saludable. Pero hete aquí que, con gran placer por mi parte, pude comprobar que la insolación surgía de la piel de un alma, que también estaba roja, ardiente, sensible y desgarrada. Una literatura ciertamente erótica, pero no descarnada; atrevida, pero no ofensiva; apasionada, pero dulce; acusadora, pero comprensiva. ¿Pensé en la dermatología cuando la acabé? Les aseguro que no. Pero ya había cumplido su misión el prometedor título (fig. 1).

No les desvelaré el contenido de la obra. Pero pueden comprender todos esos sentimientos enunciados con las palabras —eróticas, pero no descarnadas; atrevidas, pero no ofensivas; apasionadas, pero dulces, acusadoras, pero comprensivas— que le dirigió a su querido Benito Pérez Galdós, en carta fechada el 7 de mayo de 1889, que decía así: «[...] Pánfilo de mi corazón: yo rabio también por echarte encima la vista y los brazos y el cuerpo todo. Te aplastaré. Después hablaremos tan dulcemente de literatura y de Academia y de tonterías. [...] Dormirás estos días. Dios quiera que sí. No fumes mucho. No».

Doña Emilia fue precursora del márketing farmacéutico. Sí. También. Porque, aunque ella no se expuso en publicidades explícitas, sí fue citada en al menos un anuncio de un medicamento (fig. 2). Era este un estilo de publicidad moderno, en el que se aludía a la personalidad pública y privada de determinados escritores en un



**Figura 1.** Portada de la novela *Insolación* de Emilia Pardo Bazán (*Revista literaria, Madrid. Novelas y cuentos*. Número 889. 23 de mayo de 1948).



**Figura 2.** A) Anuncio del medicamento «La Passiflorine», dirigido a los males de la mujer. En la parte superior, un fragmento de la obra *La quimera*, de Emilia Pardo Bazán, avalando con su firma el producto anunciado. B) El anuncio se asociaba a la caricatura de la escritora.

párrafo introductorio<sup>2</sup>. Ella fue la única fémina citada. Y... ¡adivinen qué ofrecía el fármaco!: «Mejoría de los trastornos simpáticos que acompañan la vida de la mujer». ¿Tal vez como alteraciones cutáneas en la pubertad (acné), embarazo (estrías), menopausia (piel seca)...?

Al igual que el dermatólogo investiga sobre las causas de determinadas afecciones cutáneas, nuestra literata revelaba a menudo sus dotes periodísticas detectivescas. Así lo demostró en la crónica que escribió acerca del famoso crimen del número 109 de la calle Fuencarral de Madrid, en el que Higinia Balaguer estranguló a la propietaria del piso en el que servía como asistenta, en la noche del 1 al 2 de julio de 1888. Plasmó una descripción comentada de la víctima, que no de la asesina, enlazando algunas de sus características físicas con una cierta distinción poética<sup>3</sup>: «[E]l ceño tenía la trágica severidad de la Melpómene\* griega...».

Pero lo más curioso de esta relación es que el piso marcado por la muerte y la violencia fue alquilado a un consultorio de «Piel y venéreas». Todo un símbolo de la época.

Y ya estoy acabando este artículo acerca de la relación de Doña Emilia Pardo Bazán con la dermatología, fechado en el centenario de su fallecimiento (1921).

Tal vez me digan que esta relación está muy cogida «por los pelos», que he «rizado el rizo» demasiado para encontrarla. Puede ser. Les pido conmiseración. Después de todo, también el cabello es objeto de la dermatología... Así pues, «pelillos a la mar».

#### BIBLIOGRAFÍA

1. Pardo Bazán E. *Insolación*. Madrid: Penguin Clásicos; 2021.
2. Pardo Bazán E. *La quimera*. Madrid: Uve Books; 2020.
3. Pardo Bazán E. *La vida contemporánea de aquí y de allá*. *La Ilustración Artística*. 1903;XXII(1104):138.

\*Nota: Melpómene, musa de la tragedia griega.